

A dos años, agua de limón: enseñar-aprendiendo en tiempos pandémicos

Hilda María Cristina Mazariegos Herrera

Doctora en Ciencias Antropológicas. Profesora en las licenciaturas de Antropología social y Ciencias Políticas y Administración pública de la Universidad de Guanajuato, Campus León. crisma04@hotmail.com

Me gusta mucho el agua de limón. De hecho, el limón es mi fruta favorita. Recuerdo la tremenda lluvia de limones que comenzó hace dos años... ¿¡Qué!? ¿¡Ya pasaron dos años!? ¡Qué rápido!, ¡qué caótico y qué retador este tiempo pandémico! El 13 de marzo del 2020 fue el último día que –al igual que muchas otras y otros docentes–, di clases presenciales. Es decir, cara a cara, con todo el cuerpo puesto en el aula. Hoy tenemos más claro que la presencialidad se da de diferentes maneras. Hace dos años empezamos a hacernos presentes mediante recursos tecnológicos, llamadas, mensajitos de voz o escritos, imágenes, videos y más, que, si bien ya utilizábamos, no eran esenciales para muchas de nuestras actividades. Hoy lo son. Este transitar de la presencia en aula a la digital, ha representado muchos retos tanto para las y los profesores como para las y los miles de estudiantes.

Para quienes tuvimos que confinarnos tiempo completo implicó dejar entrar a la casa al jefe, a las y los colegas, a la oficina, a las y los estudiantes, mediante las pantallas de nuestras computadoras; hasta la pista de correr –en mi caso, mi patio se convirtió en esa pista y no se crean que es muy grande–, o el bar o el antro, ¿a poco no? La creatividad nos ha dado para hacer fiestas virtuales y bailar en el espacio que antes era la habitación y ahora es comedor, oficina, espacio de recreación y muchas cosas más. Y así, a pesar del confinamiento pudimos darnos cuenta de otras realidades que no veíamos o reconocíamos, cuando estábamos en la calle.

No todas las personas han podido llevar el confinamiento porque el mundo no es parejo, y eso, esta pandemia nos lo ha restregado en la cara cada día. Para muchas de nosotras, confinarnos significó doble o

triple jornada laboral, no siempre con paga. Como dice una muy querida amiga, “nosotras somos el ejército de reserva”. A las y los maestros de asignatura solamente se nos pagan las horas frente a grupo, pero no el trabajo que implica hacer un programa de materia, ni las horas ni el material que utilizamos para dar las clases; la pandemia nos hizo más conscientes de los pocos derechos laborales que tenemos. Para muchas otras, la casa se volvió el lugar menos seguro del mundo. Se me enchina la piel al recordar el llanto de la maestra de inglés siendo golpeada por su marido. Entre la rabia y la desesperación al escuchar el video que se hizo viral, solo pensaba: que siga viva, que siga viva, que siga viva. La pienso cada día. Ella es el reflejo de lo que viven muchas maestras dentro de sus hogares.

Eso hizo que agradeciera y me aferrara, mucho más, al lugar seguro que habito y desde el cual puedo impartir mis clases, tomar seminarios y escribir, como lo hago ahora. ¡Esperen, voy por limones! ¿Qué les decía?... ¡Ah, sí! Además de agradecer, asumí con mayor compromiso eso de formar con y desde la ternura –no sé si lo he logrado aún, pero en el camino estoy–, tratando de desprenderme de la lógica del mérito tan arraigada en nuestro sistema educativo y no solo pasar lista, impartir un tema y hacer un examen, sino intentar recordar los rostros de mis estudiantes y sus historias y conectarlas con los fenómenos que estudiamos para que reconozcan su estar en el mundo.

Al principio, lo que más me costó fue ver letras en lugar de rostros, me parecía muy complicado no ver los gestos, las reacciones de entusiasmo o aburrimiento de mis estudiantes. Hablarles a través de una pantalla ha sido muy frustrante, pero he tenido que acostumbrarme y superar la frustración y, entonces, algunas veces, termino riéndome de mi propio reflejo –¡me gusta el olor que desprende la cáscara del limón al exprimirlos!–. Readecuar la forma de dar clases al uso de lo digital, me hacía sentir perdidísima. Desconocía muchas herramientas digitales –y sigo desconociendo gran parte de ellas–. Pero entonces, mis estudiantes se convirtieron en mis maestras y maestros, y eso es algo que agradezco y atesoraré siempre. –Dicen que antes de poner el agua hay que disolver el azúcar en el jugo del limón para que “amare”–. Como les decía, las y los maestros no sabemos todo y no tene-

mos porqué hacerlo y es válido dejarnos enseñar por las y los jóvenes estudiantes. Es ahí cuando se cumple ese propósito de la educación más que impositiva cargada de esperanza y autonomía. Porque las, los y les jóvenes al hacerse cargo y orientar a sus profesores y profesoras, también están aprendiendo a hacerse cargo de sí y de su proceso educativo.

Las largas jornadas frente a la computadora entre compromisos académicos, preparando las clases o por estar impartíendolas, han sido extenuantes. En varias ocasiones el cuerpo, la mente y el corazón ya no han dado para más y la maestra ha tenido que asumir su propio agotamiento. En esos días de sobrecarga y de querer tirar la toalla, las/los/les jóvenes, también, han sido sostén. Esa es otra gran lección: la educación puede ser humana, comunitaria y solidaria. –¡Agua fría porque el calor está con todo!–.

Ahora, a dos años del inicio de la pandemia, el nuevo reto es retomar la presencialidad, vernos cara a cara y romper con el miedo y la inseguridad que quedó después de tantos meses evadiendo, como mejor podíamos, el peligro del contagio. En fin, si algo he aprendido en este tiempo, es a recoger los limones del suelo y hacer limonada para acompañar la lección del día.

El azúcar:

Gracias a mis estudiantes de la Universidad de Guanajuato, a mis estudiantes y ahora amigos de la carrera de Antropología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, que, al día de hoy, me siguen formando como maestra y quienes me inspiraron para escribir este texto. A mis colegas que cada día se levantan con la ilusión de compartir el mundo con sus alumnas/os/es, gracias por “hacer camino al andar”.